

La casa ette. Humanidad y arquitectura en el norte de Colombia

The Ette House. Humanity and Architecture in northern Colombia

Juan Camilo Niño Vargas

Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia

<https://orcid.org/0000-0001-8384-0432>

juancamilonino@gmail.com / jcnino@uniandes.edu.co

Resumen: La casa se ha convertido en un objeto de primer orden para la reflexión antropológica sobre las sociedades amerindias. Sobre la base de investigaciones etnográficas de largo aliento, el presente escrito aspira contribuir a este campo centrándose en los ette del norte de Colombia, una sociedad cuyas casas han sido comúnmente consideradas representantes de una arquitectura elemental y sencilla. Una imagen mucho más compleja de estas edificaciones surge al situarlas dentro del cosmos simultáneamente antropocéntrico y antropomorfo de los ette. Las casas funcionan como índices de humanidad, modelos del mundo y enclaves para el manejo del entorno. Asimismo, les son atribuidos muchos de los rasgos distintivos de los humanos, como una cierta substancialidad, un cuerpo antropomorfo y un ciclo vital de crecimiento y decadencia.

Palabras clave: ette; chimila; chibcha; casa; arquitectura; humanidad; persona; área istmo-colombiana; norte de Colombia.

Abstract: The house has become a major object of anthropological research on Amerindian societies. Based on a long-term ethnographic research, this paper aims to make a contribution to this field by focusing on the Ette of northern Colombia, a society whose houses have been commonly considered to represent a simple, elemental architecture. A much more complex image of these buildings emerges by framing them in the simultaneously anthropocentric and anthropomorphic cosmos of the Ette. The houses serve as an index of humanity, a model of the world, and an enclave for environmental management. Furthermore, distinctive human traits are attributed to them, such as a certain substantiality, an anthropomorphic figure, and a life cycle of growth and decay.

Keywords: Ette; Chimila; Chibcha; house; architecture; humanity; personhood; Isthmo-Colombian Area; Northern Colombia.

La casa ocupa un lugar prominente en la reflexión sobre el mundo amerindio. Los acercamientos que reducían las viviendas indígenas a una simple expresión de saberes técnicos y desarrollo cultural, han sido remplazados por aproximaciones que reconocen su dimensión simbólica, su papel en la reproducción cósmica y social, y las múltiples relaciones que mantienen con sus ocupantes humanos (Caiuby Novas 1983; Dreyfus 1972; Hugh-Jones y Carsten 1995; Lévi-Strauss 1975; Nabokov y Easton 1989). Las investigaciones

Recibido: 16 de junio de 2023; aceptado: 4 de octubre de 2023



INDIANA 41.1 (2024): 245-272

ISSN 0341-8642, DOI 10.18441/ind.v41i1.245-272

© Ibero-Amerikanisches Institut, Stiftung Preußischer Kulturbesitz

realizadas en la región istmo-colombiana y el noreste amazónico, ilustran la importancia del tema (véase, por ejemplo, Cayón 2013, 223-262; Guyot 1974; Henderson y Ostler 2005; C. Hugh-Jones 1979; S. Hugh-Jones 1995; Karadimas 2005, 368-399; Mosquera y Franco 2022; Reichel-Dolmatoff 1975). Los templos y las casas de estas poblaciones son el resultado de una arquitectura sagrada que los convierte en soportes de órdenes sociales y simbólicos, matrices de la noción de persona, y enclaves para la comprensión del entorno.

El presente escrito parte de estos avances para ofrecer una nueva visión sobre las casas de los ette del norte de Colombia, una pequeña sociedad de lengua chibcha, asentada sobre las llanuras del río Ariguaní, al suroccidente de la Sierra Nevada de Santa Marta. Aunque existen excelentes trabajos sobre su modo de vida y su cultura material, hasta hace poco sus saberes arquitectónicos no habían recibido atención y lo poco que sabíamos se limitaba al plano estrictamente material (Bolinder 1924; Brettes 1898, 61-96; Cardale-Schrimppff 1972, 122-182; Osorio Gallego 1979, 20-48; Reichel-Dolmatoff 1946). Una situación como esta parecería obedecer, tanto a la austeridad distintiva de los ette, como a las dramáticas transformaciones que su modo de vida ha sufrido durante los últimos siglos. Las viviendas de este pueblo, en efecto, se caracterizan por la simpleza técnica, son fruto de una arquitectura más profana que sagrada y han estado expuestas a la influencia de la sociedad colona y campesina.

Una imagen muy diferente de la casa ette emerge de las investigaciones históricas y etnográficas realizadas durante las últimas dos décadas.¹ A pesar de su sencillez y sobriedad en el plano material, a pesar de la profanidad que las aparta de la esfera mítica y ritual, a pesar del impacto que han sufrido por las vicisitudes de una historia particularmente violenta, las viviendas de los ette participan plenamente de un cosmos ordenado en torno a lo humano, simultáneamente antropocéntrico y antropomorfo, similar al que viene siendo revelado entre muchos otros pueblos istmocolombianos (Halbmayer 2020; Martínez Mauri y Halbmayer 2020; Niño Vargas 2020; Niño Vargas y Beckerman, en prensa). Como detallaremos, las viviendas levantadas por los ette no solo satisfacen las necesidades físicas, sociales y estéticas de sus ocupantes. Además de

1 Las descripciones y análisis presentados en este artículo se basan en cerca de dos décadas de investigación etnográfica con el pueblo ette. La mayoría de información proviene de trabajos de campo realizados en los resguardos Issa Oristunna y Ette Butteriya, en el Departamento del Magdalena, Colombia. Algunas de las reflexiones ofrecidas se alimentan de diversos estudios consagrados al cosmos y la casa ette realizados previamente (en especial, Niño Vargas 2014; 2016; 2018a; 2022a). La elaboración del texto hizo parte de un proyecto de investigación sobre los ordenamientos ontológicos de los pueblos chibchas, el cual fue financiado por la Universidad de los Andes entre 2020 y 2023 e incluyó una estancia posdoctoral en la Universidad de Barcelona en 2023 facilitada por la Fundación Carolina. Agradezco a los ette por acogerme en sus casas durante tantos años y a los evaluadores de la revista *Indiana* por los valiosos comentarios recibidos. Las palabras provenientes del idioma nativo se escriben mediante el alfabeto práctico adoptado por los ette. La mayoría de vocales y consonantes se pronuncian como en castellano. Las excepciones son /g/, una palatal nasalizada, y /ʔ/, una irrupción glotal. La /b/, /d/ y /g/ se prenasalizan (para información más detallada véase Niño Vargas 2018b).

esto, están articuladas con principios cosmológicos de carácter general, en virtud de los cuales se sitúan en el centro del mundo, se convierten en índices de humanidad y adquieren muchos de los rasgos definitorios de los seres humanos.

El paisaje arquitectónico pretérito y presente

La simpleza de la actual arquitectura de los ette, al igual que el aire de familia que guardan sus casas y las campesinas, esconden una convulsionada historia. Los procesos de expoliación y opresión enfrentados por este pueblo durante los últimos siglos han dejado una honda marca en sus modos de pensamiento y acción. El examen de la documentación histórica nos permite dar un vistazo a los saberes arquitectónicos y las formas habitacionales del pasado, así como reconstruir las transformaciones que ambos han sufrido hasta el presente.

La arquitectura en tiempos de independencia

Los chimila de la antigua provincia de Santa Marta, antepasados directos de los ette, conservaron su independencia durante gran parte del periodo colonial (Herrera Ángel 2002; Niño Vargas 2018a, 79-99; Reichel-Dolmatoff 1951). La documentación indica que se repartían en “pueblos”, cada uno compuesto por varias “casas” y “ranchos”, en las llanuras al oriente del río Magdalena (Herrera Ángel 2002, 286-292; Niño Vargas 2018a, 610-616). El tamaño de sus casas variaba notablemente, de lo cual surge la pregunta sobre el rango de sus dueños y las funciones a las que eran destinadas. Según las pocas descripciones disponibles, eran edificaciones de planta redonda y forma cónica, levantadas alrededor de un poste central y cubiertas uniformemente desde la cumbre hasta la base (De-Mier 1987, t. II, 253, 311, 401-402; Niño Vargas 2018a, 613-614). Los ranchos, por su parte, eran construcciones sencillas y abiertas, erigidas cerca de las casas para el desarrollo de tareas prácticas (De-Mier 1987, t. II, 323-329, 346; Niño Vargas 2018a, 614-615).



Figura 1. Gran casa ette a finales del siglo XIX, según Joseph de Brettes (fuente: Niño Vargas 2017, 340).

Una campaña militar a gran escala ejecutada por la administración colonial a mediados del siglo XVIII desencadenó una grave crisis demográfica y social (Herrera Ángel 2002, 265-286; Niño Vargas 2007, 42-50; Uribe Tobón 1992, 45-50). Una agresiva estrategia de ‘tierra arrasada’, que incluía la captura de prisioneros, la destrucción de cultivos y la quema de poblados, quebró la beligerancia de los chimilas. Aprovechando la caída del régimen hispánico y el nacimiento de la república de Colombia a principios del siglo XIX, los sobrevivientes de esta tragedia huyeron a la selva para tratar de reconstruir su modo de vida.

Los viajeros y etnógrafos de los siglos XIX y XX nos brindan una idea de esta nueva realidad (Bolinder 1924; Brettes 1898; Chaves 1946; Reichel-Dolmatoff 1946). Un número incierto de pequeños asentamientos se levantaban sobre el medio río Ariguaní. La coexistencia de viviendas grandes y pequeñas se documentó hasta finales del XIX, época tras la cual las primeras desaparecieron. La mejor descripción de una de estas grandes edificaciones se le debe el explorador Joseph de Brettes (1898, 461-462; Figura 1), quien la refirió como una habitación abovedada, construida alrededor de un poste central de nueve metros de alto y sobre una base circular de 18 metros de diámetro. Una capa gruesa y continua de hojas de palma cubría enteramente su armazón, creando un amplio y oscuro interior. La documentación sugiere que estas grandes casas pertenecían a personajes notables, servían de dormitorio a sus familias y, ocasionalmente, acogían reuniones comunales.



Figura 2. Vivienda ette a principios del siglo XX (fuente: Bolinder 1921, 205).

Las viviendas de dimensiones modestas siguieron presentes hasta bien entrado el siglo XX (Figura 2). Los testimonios de la época coinciden en sus rasgos generales, aunque difieren significativamente en sus detalles, lo cual sugiere una gran diversidad de patrones arquitectónicos (Bolinder 1916, 227; 1918, 42-43; 1921, 205-208; 1924, 205-211; Brettes 1898, 461, 465; Chaves 1946, 160; Reichel-Dolmatoff 1946, 101). La mayoría eran edificaciones de mediano tamaño, sin distinción entre techo y paredes y con una única puerta de acceso.

Algunas eran de base rectangular, estructura cónica y alcanzaban 5 metros de altura. Otras tenían planta ovalada, armazón trapezoidal y una cubierta de dos vértices de hasta 2 metros de alto. Otras más se levantaban sobre superficies rectangulares, tenían postes coronados por un largo caballete y apenas superaban el metro y medio de altura.

Las ‘ramadas’ y ‘graneros’ completaban el cuadro. Similares a los ‘ranchos’ coloniales, se levantaban en las cercanías de las viviendas para proveer sombra y almacenar granos y objetos (Bolinder 1916, 230-231; 1918, 43; 1921, 205-208; 1924, 207-211; Brettes 1898, 460-461, 465; Chaves 1946, 160). Los más sofisticados tenían un armazón de cuatro postes y un techo de dos vértices que tocaba el suelo en uno de sus costados. Los más sencillos consistían en una simple cubierta inclinada, sostenida por dos postes en un extremo y apoyada sobre el piso en el otro.

La arquitectura frente a la invasión de las llanuras

La violenta expansión de la frontera agrícola sobre las llanuras ocurrida desde la segunda mitad del siglo XX supuso el fin de la relativa paz vivida por los ette. Todos los antropólogos y funcionarios que lograron visitarlos enfatizaron la precariedad de sus condiciones de vida (Cardale-Schrimppff 1972, 122-128; Osorio Gallego 1979, 31, 40-42; Uribe Tobón 1992, 112-117 y 143-144). Las selvas fueron arrasadas, un régimen latifundista fue implantado y la población nativa se convirtió en minoría frente a la llegada masiva de colonos. Los ette fueron despojados de sus tierras, integrados por la fuerza a la economía ganadera y discriminados por su lengua y cultura. A los indígenas que aceptaban formas de subordinación como el peonazgo les era permitido mudarse a las haciendas recién fundadas y levantar pequeños asentamientos dentro de los potreros. Aquellos que se resistían debían instalarse a la vera de los caminos, entre finca y finca, para allí vivir en la miseria.

La degradación social corría paralelamente a la arquitectónica. Al mismo tiempo que los ette se mimetizaban entre el campesinado, sus saberes arquitectónicos se tornaban simples, algunas formas habitacionales desaparecían y numerosos elementos foráneos eran adoptados (Figura 3; Niño Vargas 2018a, 635-638). Las casas en forma de domo fueron sustituidas por casuchas de base ovalada, armazón trapezoidal y techo de dos vértices hasta el suelo. Los ranchos adquirieron dimensiones muy modestas, su función se redujo a proyectar sombras y su calidad de graneros sucumbió ante la pauperización de la agricultura. Además, entre viviendas y ranchos de estirpe indígena, empezaron a aparecer edificaciones de inspiración campesina, fáciles de reconocer por una planta rectangular, paredes altas y techos de láminas de zinc.

A pesar de la tragedia, los ette nunca perdieron por completo el control de los medios para levantar sus propias moradas. La marginalización a la que fueron sometidos, paradójicamente, les permitió incidir activamente en el diseño de sus casas y decidir, dentro de ciertos márgenes, las técnicas y elementos que debían conservarse, modificarse o abandonarse. Muchos de los rasgos definitorios de las antiguas viviendas se reencontraban intactos en las nuevas, como la preferencia por materias vegetales, la indistinción entre techo y paredes, y la intención de crear un recinto oscuro con una única entrada. La adopción de viviendas de estilo campesino supuso aceptar algunos elementos, como



Figura 3. Vivienda de una familia ette entregada al peonazgo en los predios de una hacienda en 1968 (cortesía de Marianne Cardale-Schrimppff).

la base rectangular y los muros altos, y rechazar ciertos otros, como las puertas traseras, las ventanas y los pisos de madera.

La situación se aliviaría al cerrarse el siglo XX. El liderazgo de muchos ette, aunado al apoyo recibido por antropólogos, funcionarios y religiosos, condujo a la creación de un resguardo reconocido por el Estado colombiano (Niño Vargas 2018a, 114-120; Pueblo Ette Ennaka 2000). Los ette pudieron adquirir, y posteriormente ampliar, dos propiedades en las cercanías de Sabanas de San Ángel, actualmente conocidas como Issa Oristunna y Ette Butteriya. Si bien distan de proporcionar condiciones óptimas de vida, estas dos propiedades, unificadas bajo la figura del resguardo, le han dado un respiro a los ette y han permitido dar curso a iniciativas de revitalización cultural y reorganización social.

El paisaje social y arquitectónico de los resguardos

Los actuales resguardos ette de las llanuras, Issa Oristunna y Ette Buteriya, están sembrados de casas de diverso aspecto, ocupadas por familias de composición variable y distribuidas dentro de un mosaico de tierras cultivables y parches boscosos. Como se expondrá a continuación, el concepto nativo *jaataka'*, espontáneamente traducido por los ette como 'casa', es clave para comprender este paisaje. En una acepción amplia, *jaataka'* se refiere a las unidades que conforman las personas y sus viviendas, las cuales

constituyen la base del ordenamiento espacial y social de los resguardos. En un sentido más preciso, *jaataka* designa a un tipo particular de vivienda, ‘la casa tradicional’, fruto de una serie de principios arquitectónicos altamente apreciados y, en mayor o menor grado, presentes en otro tipo de edificaciones indígenas.

El entramado de casas y personas

Una intrincada red de casas cubre los resguardos de las llanuras y las áreas colindantes. El entramado está formado por cerca de doscientas unidades sociales y residenciales llamadas *jaataka*, ‘casas’, unidas visiblemente por caminos e invisiblemente por lazos de parentesco. El tejido se relaja en ciertos lugares, dominados por una sola familia, y se contrae en otros, allí donde los lazos de consanguinidad y alianza han logrado reagrupar a varias familias.

Las unidades *jaataka* son una suerte de átomo social y residencial: la unidad mínima y suficiente conocida por los ette para organizarse en el espacio (Figura 4). En el plano material, están señaladas por una vivienda principal emplazada en una colina, a menudo acompañada por otras de menor tamaño. La edificación se levanta en el centro de un área pulcramente desyerbada llamada *akki*, ‘patio’, a su vez rodeada por un cinturón de jardines y huertos caseros denominados *akki ukkubri*. En el plano social, se corresponde con un pequeño grupo de personas que se reconocen a sí mismas como una familia *yaggriri*. Esta familia generalmente está conformada por una pareja y sus hijos, a quienes pueden sumárseles padres ancianos, hermanos solteros y futuros yernos y nueras. El ideal de autarquía guía a este grupo y se refleja en un fogón propio, cultivos abiertos en las áreas vecinas y una red independiente de caminos para desplazarse a lugares de trabajo y fuentes de agua.

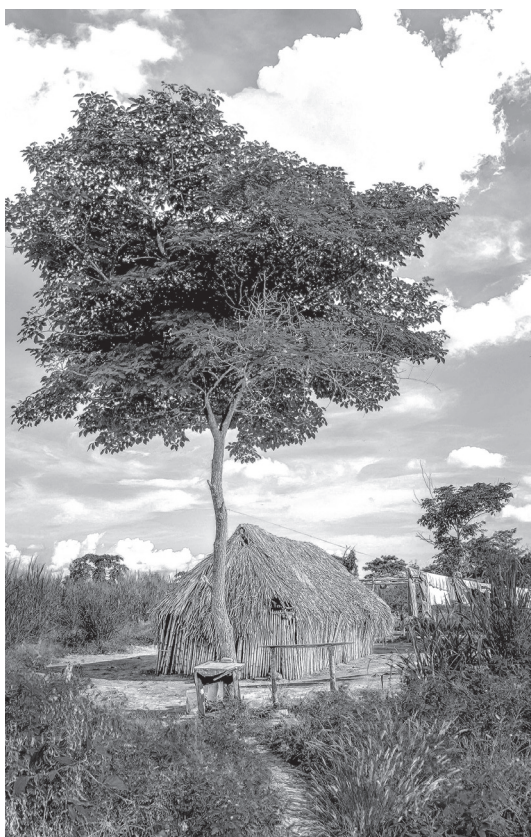


Figura 4. Una solitaria casa *jaataka*. Resguardo Ette Buteriya, 2010 (fotografía: Juan Camilo Niño Vargas).

En tanto átomos, las casas *jaataka'* pueden unirse entre sí para formar agrupaciones de dos a cinco unidades, conocidos como *jaataka kwrekkwari'*, 'caseríos'. Los caseríos son una unidad de orden superior que coordina diferentes unidades mediante relaciones de consanguinidad y alianza. Aún cuando las personas de estas unidades se reconocen como partes de un todo y sus casas se encuentran agrupadas, siguen considerándose autónomas y actuando en conformidad. Las edificaciones siempre yacen sobre colinas independientes, están rodeadas por jardines propios y disponen de fogones de uso privativo. Asimismo, las familias cocinan y comen separadamente, siempre abren y explotan sus propios cultivos, y pueden marcharse del lugar a voluntad.

En muchos sentidos, las casas *jaataka'* y los caseríos *jaataka kwrekkwari'* recuerdan a las 'chozas' y los 'pueblos' de tiempos coloniales y republicanos. Ahora bien, en la actualidad, también es posible observar un tercer patrón residencial sin contraparte en el registro histórico y carente de nombre vernáculo. El único lugar donde se presenta es el centro del resguardo Issa Oristunna, justamente allí donde ocurren los contactos más fuertes y frecuentes con el exterior. Es una aglomeración de cerca de sesenta unidades *jaataka'*, flanqueadas por un colegio, un puesto de salud, una misión religiosa y una cancha de fútbol. La singularidad del villorrio obedece a fuerzas y fenómenos surgidos a raíz de la creación de los resguardos, como el mayor contacto con la sociedad occidental y el desequilibrio entre el crecimiento poblacional y la disponibilidad de tierras. Las casas que allí se levantan siguen gozando de importancia y continúan alojando familias autárquicas. Sin embargo, la distancia que las separa es mínima y su distribución en el espacio no está regulada por el parentesco.

Las formas arquitectónicas

Los principales signos visibles de las unidades residenciales *jaataka'* son las viviendas denominadas con el mismo término. Una sola edificación basta para abrigar a toda una familia, aunque no es raro que a su lado se levanten otras más. Si bien presentan diferencias notables en cuanto a diseño, tamaño y materiales de construcción, y no es exagerado afirmar que no hay dos idénticas, todas emanan de un conjunto limitado de formas arquitectónicas. Los ette distinguen tres grandes tipos de edificaciones: la casa *jaataka'* propiamente dicha, un cobertizo a ras del suelo conocido como *jukkada'*, y un cobertizo elevado llamado *jiiwaya'*. Además de esto, diferencian las viviendas propias, *ette jaataka'*, de las viviendas de inspiración campesina, *waacha jaataka'*.

La casa *jaataka'* es una verdadera vivienda, con paredes y techos definidos, capaz de albergar a una familia entera y satisfacer todas sus necesidades habitacionales (Figura 5). Se caracteriza por una planta rectangular de hasta 6 metros de largo y 4 de ancho, en cuyas esquinas se yerguen cuatro postes de madera (*kajbri*) de 2 metros de alto, a veces secundados por otros más cuando la edificación es grande. Sobre esta base descansa un cuadrilátero de soleras (*juubra'*) y un esqueleto de cabios (*kajbribri*) coronados por un caballete

(*saakraya*). El techo (*jukkada'*) de cuatro vértices está cubierto por una gruesa capa de hojas de palma y esconde en su interior un desván (*jaa'*) destinado a guardar semillas. Las paredes (*yagka*) encierran el área techada y consisten en una malla de tronquitos de la misma altura que los postes. La planta baja se empareda completamente para crear un gran dormitorio o, bien, parcialmente para disponer de un cuartillo privado y una zona abierta para las visitas. En cualquiera de los dos casos, la habitación interior es un espacio cerrado, amplio y fresco, blindado contra los rayos del sol, el agua de las lluvias y las miradas de los extraños. Los muros solo se ven interrumpidos por una única puerta de entrada (*jukkati'*) oculta bajo hojas de palma o retazos de tela. Aunque la casa *jaataka'* ciertamente lleva las marcas de la influencia foránea, los ette la consideran una forma arquitectónica propia,

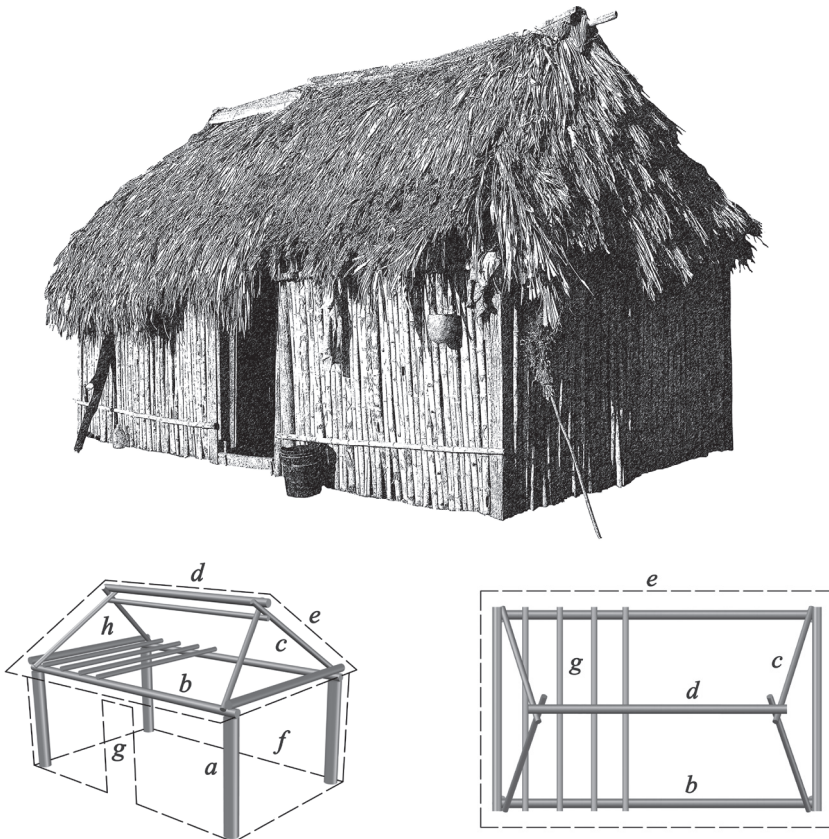


Figura 5. La casa *jaataka'*. Elementos arquitectónicos: a. *kajbri*: poste; b. *juubra'*: viga; c. *kajbribri*: cabio; d. *saakraya*: caballete; e. *jukkada'*: techo; f. *yagka*: pared; g. *jukkati'*: puerta; h. *jaa'*: desván (ilustración: J. C. Niño Vargas).

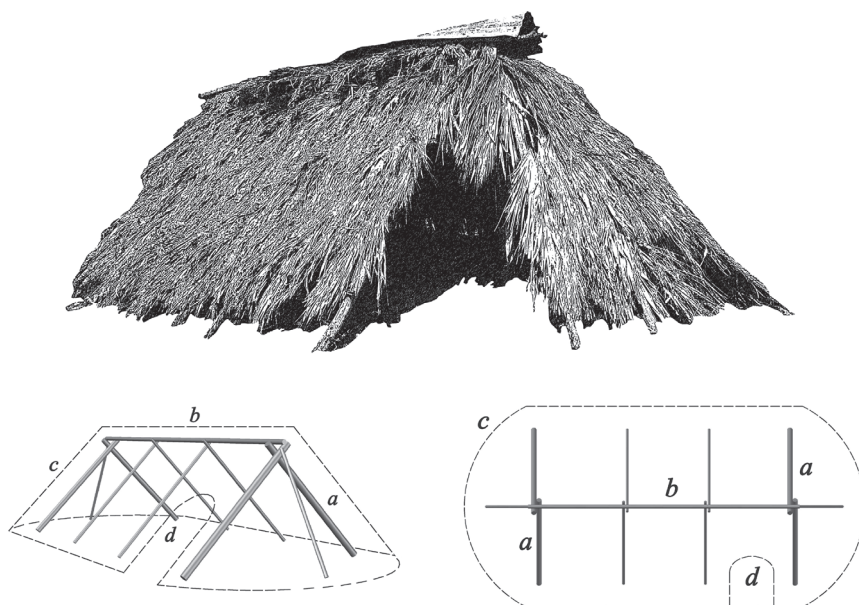


Figura 6. El cobertizo *jukkada'*. Elementos arquitectónicos: a. *kajbri*: poste; b. *saakraya*: caballete; c. *jukkada'*: cubierta; d. *jukkati'*; puerta (ilustración: J. C. Niño Vargas).

desprovista de los rasgos distintivos de las viviendas campesinas, como, por ejemplo, los techos de dos aguas de láminas de zinc, los muros de tablas adornados de ventanas, los pisos de madera aserrada y las puertas delanteras y traseras.

El cobertizo *jukkada'* es una edificación sencilla pero robusta, en muchos aspectos similar a las viviendas documentadas en siglos pasados (Figura 6). Su principal función es servirle de dormitorio a un matrimonio joven o una pareja de ancianos, aunque también se emplea para conservar semillas y artefactos. El nombre que lleva, compuesto por el término *jukka*, 'palma' y el adjetivador *-da'*, es idéntico al que porta el 'techo' de la casa *jaataka'* y brinda una idea de su apariencia. Como si fuera un techo puesto directamente sobre el suelo, consiste en un armazón trapezoidal de base ovalada, coronado por un largo caballete y recubierto de un tapete de hojas de palma. Su interior es completamente hermético, solo lo corta una pequeña puerta en un costado y puede alcanzar hasta 6 metros de largo, 4 de ancho y 2 de alto.

La tercera y última forma arquitectónica es la ramada *jiiwaya'* (Figura 7). Este nombre, compuesto por la expresión *jiiwa'*, 'sombra', y el agentivizador *-ya'*, revela su principal función: dar sombra. Las ramadas se levantan al lado de casas con el fin de crear un espacio sombreado para las tareas diurnas. La edificación consiste en un elemental armazón de postes (*kajbri*) y vigas (*juubra'*), un poco más alto que una persona, erigido



Figura 7. Una ramada *jiiwaya'* utilizada como cocina al lado de una casa tradicional *jaataka'*. Elementos arquitectónicos: a. *kajbri*: poste; b. *juubra'*: vigas (ilustración: J. C. Niño Vargas).

sobre una base rectangular y rematado por un techo de palma ligeramente inclinado. La mayoría de ramadas carecen de paredes, salvo aquellas construidas como apéndices de las casas. Si la edificación se emplea como sitio de descanso, se mantiene libre de enseres y solo se decora con un par de hamacas. Si, por el contrario, se usa para cocinar, cambia su nombre a *priimu'*, 'fogón', y bajo su techo se construye una o dos estanterías.

Idealmente, todas estas formas arquitectónicas se construyen utilizando materias selváticas. El armazón se elabora con árboles de durámenes fuertes, la cubierta de los techos es de hojas de palmas, los muros se cubren con bambúes y guaduas, y las diferentes piezas se amarran con lianas. El empleo de algunos materiales foráneos no es raro: los caballetes suelen recubrirse con una delgada lámina de zinc y las juntas del armazón asegurarse con clavos y alambres de hierro.

La casa en el universo

Tras haber reconocido el paisaje arquitectónico de los resguardos, ahora es posible situar a la casa dentro del universo al cual pertenece. El cosmos ette es una variante de los cosmos antropocéntricos y antropomorfos de las poblaciones chibchas e istmocolombianas: los humanos ocupan el centro del mundo y el mundo se concibe como un

todo humanizado (Halbmayer 2020; Martínez Mauri y Halbmayer 2020; Niño Vargas 2020).² Para los ette, en efecto, el universo ha sido modelado por un puñado de seres plenamente humanos y versados en saberes como la arquitectura, la agricultura y la artesanía. Las divinidades construyeron el mundo, cultivaron las selvas y fabricaron los animales de la misma manera en que los mortales hoy erigen casas, abren cultivos y elaboran artefactos. Como se sostendrá a continuación, la casa goza de un enorme valor en un cosmos tal, pues es un índice transparente de humanidad y constituye un espacio enteramente humanizado. Los ette conciben el mundo donde transcurre la vida humana como una gran casa y, en la misma vena, organizan las casas donde transcurre su vida diaria a manera de pequeños mundos.

El mundo como casa

Al igual que muchas otras sociedades amerindias, los ette sostienen que el universo se compone de tres mundos superpuestos, cada uno con sus propios paisajes y habitantes (véase Niño Vargas 2007, 67-101; 2014; 2018a, 121-170). El mundo propiamente humano, aquel donde se hallan los ette, está en el centro, entre las regiones celestes y las telúricas, entre el amanecer y el atardecer. Arriba, sobre el firmamento, se extiende otro mundo vinculado a la luz del levante, cubierto por lujuriosas selvas y habitado por seres y espíritus de halo divino. Del otro extremo, abajo de la tierra, yace un inframundo vinculado a la oscuridad del poniente, caracterizado por paisajes lúgubres y ocupado por muertos, animales y otras criaturas inferiores. El sol recorre el mundo humano de oriente a occidente, y, luego, pasa al mundo celeste para atravesarlo de occidente a oriente, dejando al inframundo en tinieblas permanentes (Figura 8).

Muchas de las concepciones sobre el mundo central y humano se expresa en lenguaje arquitectónico. Las llanuras del Ariguani se denominan *Akki ni Yaau*, ‘el jardín del dios padre’, y se conciben conformemente. La tierra se piensa como un espacio modelado por el dios Yaau, el gran Padre, semejante a las áreas que sus hijos los ette limpian y desyerban para levantar casas y abrir cultivos. Una enorme edificación invisible, en cuyo interior estarían situados los actuales resguardos, fue levantada por la misma divinidad sobre este espacio. Las descripciones que ofrecen los indígenas sobre esta inmensa habitación varían, al igual que varían sus propias habitaciones. De acuerdo a algunos, solo tiene un poste, como las antiguas casas cónicas, mientras que para otros tiene dos o cuatro, como las viviendas actuales de techos de dos y cuatro vértices. En este último caso, el caballete de la casa cósmica está alineado con la trayectoria del sol por el firmamento. La oposición

2 En trabajos anteriores, calificamos a la cosmología ette como una *animista*, es decir, una fundamentada en principios esencialmente antropomorfos (Niño Vargas 2007; 2016). Una serie de investigaciones recientes sobre el cosmos ette y los cosmos chibchas nos fuerzan a modificar esta posición para definirlos, provisoriamente, como representantes de un cierto *humanismo amerindio*, uno fundamentado simultáneamente en principios antropocéntricos y antropomorfos (véase Niño Vargas 2020; Niño Vargas, en prensa).

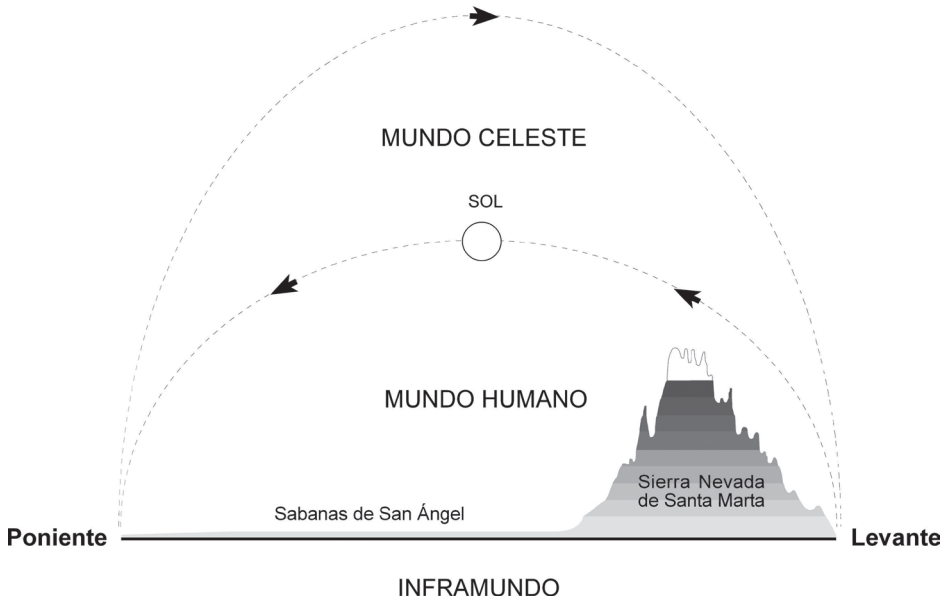


Figura 8. El cosmos ette (ilustración: J. C. Niño Vargas).

entre naturaleza y cultura del pensamiento moderno no tiene cabida acá: el mundo es un espacio enteramente humanizado.

El orden del cosmos se reacomoda a la topografía de las llanuras y reaparece en los espacios habitados. Los ette organizan su entorno inmediato de acuerdo a un esquema concéntrico, similar al documentado en otras latitudes (Beckerman y Lizarralde 2013; Descola 1986; Hugh-Jones 1977). La casa (*jaataka'*), sus jardines (*akki*) y sus cultivos (*kañña*) señalan el centro de los dominios propios, oponiéndose, por un lado, a una periferia selvática de halo divino (*kantawa*) y, por otro, a un espacio interior y oscuro que se proyecta hacia el subsuelo (*yagka*). Así, el modelo de un universo estratificado verticalmente y compuesto por tres mundos superpuestos pareciera mutar, al trasladarse a la tierra, en un modelo concéntrico y horizontal conformado por sectores envolventes y envueltos (Figura 9).

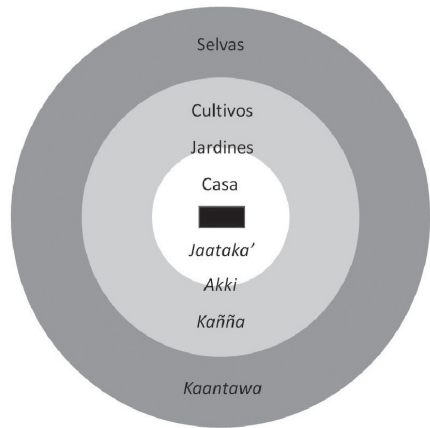


Figura 9. Modelo concéntrico del mundo habitado (ilustración: J. C. Niño Vargas).

Las casas *jaataka'*, en efecto, son un centro, un punto de referencia utilizado para la percepción y apropiación del entorno (Figura 10). Las viviendas y las áreas desyerbadas que las rodean les sirven de sede a familias idealmente autárquicas y son el principal escenario de la vida doméstica. En concordancia, se conciben como un dominio propio y humano, desde el cual el mundo se expande hacia terrenos cada vez más ajenos y menos humanos. Un anillo de jardines caseros a cargo de las mujeres, seguido de un cinturón de cultivos itinerantes al cuidado de los hombres, las envuelven, demarcan sus límites y hacen la transición hacia sectores en manos de extraños, como las casas y parcelas de otras familias, las parcelas campesinas y las haciendas ganaderas. Más allá, se avista un horizonte compuesto por remanentes y arroyos selváticos, presuntamente ocupados por divinidades y espíritus dueños de la flora y la fauna silvestre. A juicio de muchos ette, estos parches boscosos periféricos dan una idea de aquellas vastas selvas que otrora cubrieron las llanuras y que los mitos hoy sitúan arriba del firmamento.



Figura 10. Una casa *jaataka'* en el resguardo Ette Butteriya, 2011. La casa está rodeada de jardines *akki* y cultivos *kañña* productivos y abandonados, a su vez flanqueados por parcelas de otras familias, una hacienda vecina y un arroyo cubierto por una galería selvática (ilustración: J. C. Niño Vargas).

El mundo se contrae al avanzar en dirección opuesta y penetrar en la casa. El área abierta e iluminada que rodea a las viviendas contrasta con su interior oscuro y cerrado, al cual se accede por una única y estrecha entrada. La habitación, sin duda, sigue siendo un espacio humano y muchas escenas íntimas ocurren dentro de ella. Sin embargo, una gran parte del día permanece vacía y ciertos de sus sectores se asocian al mundo de los muertos. Según estipulan las normas tradicionales, en efecto, los dueños de las casas deben ser enterrados en una bóveda cavada en su interior. Una vez el cadáver se deposita en la tierra, el difunto presuntamente empieza un viaje descendente al país de los muertos y su espíritu se torna agresivo y animal, lo que obliga a sus familiares a abandonar la casa. La habitación interior de las viviendas, en suma, pareciera proyectarse invisiblemente hacia un subsuelo conectado con el inframundo.

La cercanía del modelo cósmico y el modelo terrenal es inquietante. El mundo humano, pensado como una casa levantada en el centro del universo, pareciera corresponderse con el centro del espacio doméstico, señalado por las casas y sus jardines. De igual forma, las regiones cósmicas superiores e inferiores, respectivamente definidas por la presencia de divinidades y muertos, recuerdan a los sectores envolventes y envueltos alrededor de las casas, respectivamente señalados por selvas de halo divino y un subsuelo destinado a servir de tumba.

Vale la pena enfatizar el carácter relativo del modelo descrito. Las casas ette ocupan posiciones análogas en el universo, independientemente de su localización real en los resguardos. Desde la perspectiva de sus ocupantes, todas se levantan en el corazón del mundo, tanto de aquel explayado entre las selvas del horizonte y el interior de la habitación, como de aquel más vasto encajonado entre regiones celestes selváticas y regiones telúricas sombrías.

La casa como mundo

Las concepciones del cosmos y la organización del espacio habitado arrojan luz sobre las casas ette en sí mismas, su arquitectura simbólica y ordenamiento interior. De la misma manera en que el mundo se concibe como una gran casa, las casas ordinarias se piensan y habitan como mundos en miniatura. Siguiendo el planteamiento clásico de Bourdieu (1980), esta serie de concepciones y disposiciones se expresan, ya no tanto a través de saberes declarativos como los mitos, sino mediante prácticas concretas relativas al uso del espacio. Como se expondrá, la orientación de las casas, su división en diferentes sectores y la localización de los enseres en su interior reflejan la estructura del cosmos, las regiones que lo conforman y la distribución de los seres que lo habitan. Cosmología y arquitectura parecieran determinarse mutuamente, generando mundos ordenados como casas y casas ordenadas como mundos.

La orientación de las casas idealmente coincide con la del mundo. El caballete del techo debe estar alineado con el trayecto del sol, de modo que la habitación se extienda

entre el levante y el poniente, respectivamente asociados a lo masculino y lo femenino. Como explican los ette, una disposición tal promueve un uso del espacio acorde con los movimientos que animan al mundo y el valor dado a los puntos cardinales. Las hamacas se cuelgan, los telares se instalan y las tumbas se cavan a lo largo del recinto, de modo que ninguna acción u objeto interfiera en el camino recorrido por el sol y los astros en el firmamento. Las actividades rituales se realizan en el costado oriental u occidental de la casa dependiendo del sexo del oficiante: los ritos protagonizados por hombres se realizan mirando a oriente y los liderados por mujeres se dirigen a occidente, lo que asegura que sean atendidos por las divinidades correctas.

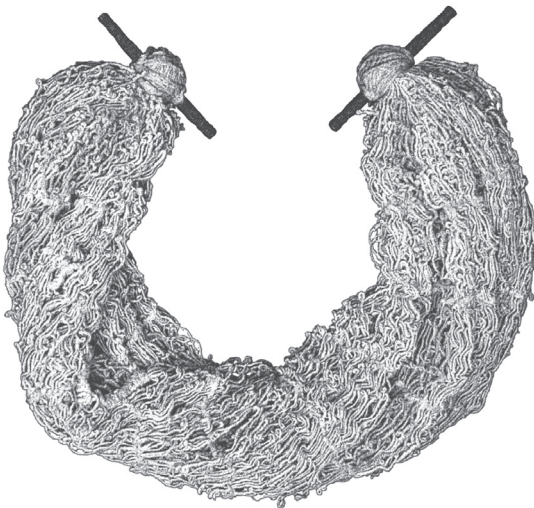


Figura 11. Hamaca ette (ilustración: J. C. Niño Vargas).

prudente del techo (Figura 11). A la misma altura y a su alrededor, cuelgan sus posesiones más preciosas, desde machetes amarrados a las vigas y cuchillos ensartados en las paredes, hasta instrumentos musicales y teléfonos celulares acomodados en estantes de madera y mochilas colgantes. Podría decirse que los miembros del grupo familiar llevan una existencia flotante, a medio camino entre lo alto y lo bajo, el levante y el poniente, semejante a la de la humanidad en el universo.

Un segundo sector, ahora de coloración divina, ocupa lo alto de la vivienda. El desván dispuesto en el techo está destinado a resguardar una entidad vegetal preciosa, a saber, las mazorcas más bellas recolectadas en los cultivos, aquellas que proveerán los granos para las siembras venideras y asegurarán el éxito de la cosecha. Los frutos están rodeados de un aurea sagrada manifiesta en los mitos que los hacen descender de ceibas primordiales y los comparan con humanidades celestes, así como en las prohibiciones que restringen

En consonancia con esta armonía entre mundo y casas, el interior de las viviendas pareciera estar dividido en tres áreas. Si bien la habitación está libre de barreras físicas, el uso del espacio y el orden de los enseres delatan tres sectores superpuestos, homólogos a las regiones que conforman el universo. Un primer y gran sector propiamente humano se encuentra en el medio, entre el techo, las paredes y el suelo. Allí, hombres, mujeres y niños pasan gran parte de su vida sentados o acostados en hamacas suspendidas de las soleras, alineadas con la eclíptica del sol, lejos de la humedad del suelo y a una distancia

su consumo a unos pocos rituales de gran relevancia. El desván, de hecho, es observado por los ette con sumo respeto, a nadie le es permitido permanecer prolongadamente en él y solo un puñado semillas secas y artefactos rituales son depositados allí. Un objeto de especial importancia son las figurillas *owetoro'*: estatuillas provenientes de la selva y talladas en maderas finas, a quienes puede hablárseles para que transmitan lo dicho a las deidades. Estos seres se cuelgan en la viga que sostiene el techo, justo entre el desván y el espacio humano, un punto particularmente apto para ejercer su función de intermediarios (Figura 12).

Un tercer y último sector, esta vez teñido de infra-humanidad, se extiende sobre el suelo de tierra desnuda. A pesar de ser transitado y aseado diariamente, los residentes lo consideran un espacio más animal que humano. Los ette evitan sentarse o recostarse directamente sobre él, no solo para evitar mancharse con los excrementos de los niños y las aves de corral, sino también, por considerar que andar apegado al suelo es un signo de animalidad. La mayor parte de su superficie permanece vacía y los pocos objetos que lo adornan evocan criaturas telúricas. Los taburetes, los bancos y los recipientes de madera que allí reposan son comparados por los ette con armadillos, tortugas, caimanes, serpientes y sapos y, muchas veces, los apodan como tales y les esculpen los rasgos distintivos de estas especies (Figura 13). Además de esto, como se explicó anteriormente, existe un lazo entre el piso de la casa y la morada de los muertos, pues es justamente allí donde algún día se enterrará el cadáver del dueño de la vivienda para que prosiga su camino al inframundo.



Figura 12. Estatuilla ritual *owetoro'* (ilustración: J. C. Niño Vargas).

La casa como persona

Los principios antropocéntricos y antropomorfos del cosmos ette no solo convierten a la casa en un modelo para pensar el mundo. Además de esto, parecieran conferirles muchos de los rasgos definitorios de los seres humanos. Los ette comparan sus viviendas con personas, como también lo hacen otras poblaciones amerindias (véase, por ejemplo, Hugh-Jones 1977; Karadimas 2005; Reichel-Dolmatoff 1975). Los paralelos más elaborados se dan en términos de composición, morfología y desarrollo. Las edificaciones están



Figura 13. Banquitos de madera con forma de tortuga (ilustración: J. C. Niño Vargas).

hechas de una sustancia similar a la humana, son objeto de interpretaciones antropomórficas, y atraviesan por ciclos vitales análogos a los de hombres y mujeres. En suma, las casas parecieran participar de la humanidad en un alto grado, ciertamente menor que el de las personas de carne y hueso, pero mayor que muchas otras entidades no-humanas.

La naturaleza vegetal compartida

Una buena proporción de las reflexiones de los ette sobre el origen y constitución de la humanidad se expresan en términos vegetales. Las categorizaciones semánticas les adjudican a los humanos y a las plantas rasgos en común, como una postura erguida, un cuerpo compuesto por un eje central y una tendencia a crecer verticalmente (Niño Vargas 2020a; sobre los chibchas véase Niño Vargas, en prensa). La cercanía también se descubre en el vocabulario anatómico, en la medida que muchos nombres de partes del cuerpo se derivan del léxico botánico o llevan partículas marcadoras de vegetalidad. Las designaciones para el tallo (*kraa*), las hojas (*kaa*) y los frutos (*waa'*) aparecen, respectivamente, en muchos nombres de partes largas, planas y redondas del cuerpo (véase Niño Vargas 2018a, 213-220; sobre los chibchas véase Pache 2016). El círculo se cierra con los discursos míticos y rituales, los primeros por asegurar que los humanos habrían llegado a la tierra en forma de semillas y, los segundos, por comparar a la humanidad con maíz y a las almas con granos (Niño Vargas 2022b; sobre otras sociedades chibchas véase Niño Vargas, en prensa).

Una buena proporción de lo dicho sobre la naturaleza vegetal de los humanos también se aplica a las casas, lo que convierte a unos y a otras en una suerte de entidades cosubstanciales. Las viviendas tradicionales, al igual que sus dueños y ocupantes, idealmente están hechas de materia vegetal. Los ette aprecian los materiales provenientes de la selva para la construcción de sus habitaciones, al mismo tiempo que desaconsejan el uso de elementos foráneos. Los durámenes de los grandes árboles, las hojas de las

palmas, los tallos de ciertos arbustos y guaduas y los amarres de lianas se prefieren sobre la madera aserrada, las láminas de zinc, los bloques de cemento y las puntillas de acero. El deterioro del entorno selvático y la asequibilidad de materias industriales ciertamente han dificultado el seguimiento de estas prácticas, pero el ideal de una materialidad vegetal se mantiene intacto.

Al igual que en el caso humano, la naturaleza vegetal de las casas también se descubre en el vocabulario arquitectónico. Los nombres del armazón (*kajkranta'*), los postes (*kajbri*, *kraa*), los cabios (*kajbribri*), el caballete (*saakraya'*), el techo (*jukkada'*), las paredes (*yaŋka*), la puerta (*jukkati'*) y los amarres (*kallo'*) evocan inequívocamente a las plantas, ya sea por derivarse de los términos para los árboles (*kaj*), los troncos (*kraa*), las palmas (*jukka*) y las lianas (*kallo'*), ya sea por llevar sufijadas partículas que marcan la pertenencia al reino de la flora (*-kra'*, *-ka'*, *-ya*). Adicionalmente, la lengua nativa sitúa a las casas y a los calabazos dentro de una misma categoría (*katti-*) y les atribuye cualidades y funciones semejantes, como la forma cóncava, el interior hermético y la capacidad de contener a otros seres y objetos.

El vínculo vegetal que une a personas y casas queda confirmado por algunos mitos relativos al origen de la humanidad. La mayoría de historias sobre la antropogénesis relatadas por los ette explican la aparición de los humanos aludiendo a procesos agrícolas desencadenados por las divinidades (véase Niño Vargas 2007, 90-91; 2018a, 167-170; en prensa). Sin embargo, una serie de narraciones mucho menos elaboradas también recurren a la arquitectura. Los primeros hombres y mujeres habrían sido fabricados por los dioses a manera de casas: el gran padre Yauu habría cortado y tallado las partes de sus cuerpos en maderas de la selva y, luego, las habría amarrado con lianas y cubierto de hojas de palma.

La semblanza antropomorfa

La cercanía entre los humanos y las casas procurada por una composición vegetal se agudiza al pasar al terreno de las formas. Los ette conceptualizan a sus viviendas en términos antropomórficos. Si bien no llegan al extremo de afirmar que estas 'son' personas, sí consideran que son 'como' personas: se asemejan a ellos mismos, tienen cuerpos similares a los suyos e, incluso, poseen un alma escondida en su interior.

La similitud entre casas y personas aceptada por todos los ette es desglosada detalladamente por algunos de ellos mediante correspondencias entre anatomía humana y armazón arquitectónico. Un conjunto de partes del cuerpo y componentes anímicos de las personas se identifican con espacios y elementos de las viviendas por presentar formas similares, cumplir funciones comparables u ocupar posiciones análogas. El desván y el caballete se observan como la cabeza y la columna vertebral de la edificación. Los cuatro postes y cabios que sostienen el techo se conciben como brazos y piernas emergentes de la columna. La cubierta del techo y las paredes se asimilan a la piel. Finalmente, las

semillas de maíz que normalmente se preservan en los desvanes se ligan con el corazón y el alma de la casa. La imagen resultante es la de una persona acucillada, con la cabeza, el corazón y el alma dirigidos al oriente.

La humanización de la casa está acompañada de una feminización. Muchos ette afirman que sus viviendas son mujeres, aun cuando se abstienen de identificar alguna de sus partes con un órgano sexual. Una asimilación como esta concuerda perfectamente con la coloración predominantemente femenina del espacio doméstico. Las viviendas son el escenario natural de las tareas de las mujeres, desde la culinaria y la tejeduría hasta el cuidado de niños y animales. La ocurrencia de ciertos eventos como la menarquía y los partos, de hecho, las transforman en recintos exclusivamente femeninos, de los cuales son expulsados temporalmente los hombres hacia los cobertizos de los alrededores.

La interpretación antropomórfica de la casa se destaca por su economía. La semejanza entre casas, personas y mujeres no se elabora más allá de lo expuesto. Las correspondencias entre anatomía y armazón, igualmente, solo involucran un número limitado de elementos. Sin embargo, una y otras dejan claro el excepcional estatus de las viviendas en el universo ette. Si bien distan de ser personas plenas, completamente equiparables a hombres y mujeres, comparten una gran cantidad de rasgos con sus ocupantes humanos. Hay que enfatizar que una interpretación antropomorfa de este tipo no se lleva a cabo con otro tipo de objetos.

El ciclo de crecimiento y decadencia

Una última dimensión humana de la casa digna de ser mencionada le atañe su existencia. Las viviendas atraviesan por un ciclo de crecimiento y decadencia comparable con aquel por el cual pasan las personas. Haciendo eco a lo sostenido por muchos estudiosos de la arquitectura, los ette afirman que su vida y la vida de las casas están inexorablemente ligadas. Las edificaciones que construyen y habitan, antes que materializaciones acabadas de un diseño ideal preconcebido, son una suerte de organismos en desarrollo, partícipes de un movimiento coordinado con los ciclos vitales de sus ocupantes (véase Blier 1987, 2; Carsten 2004, 44-45; Ingold 2000, 172-188; 2011, 67-75; Waterson 2014).

Las casas ette comienzan a gestarse con el deseo de independencia de una pareja joven o una familia pequeña. La primera opción al alcance de estas personas es levantar un sencillo pero fuerte cobertizo *jukkada'* (Figura 6). Forma habitacional elemental y embrionaria, esta edificación reúne todos los rasgos definitorios de las grandes viviendas: una base alargada, una cubierta hermética, una sola puerta de entrada y un armazón alineado con el recorrido del sol. En el marco de las exégesis antropomórficas, los ette lo comparan con una entidad fetal, compuesta por una espina dorsal de la cual surgen extremidades incipientes, respectivamente encarnadas por el caballete del techo y los postes que lo sostienen.

El inaugural cobertizo *jukkada'* le cede su lugar a una casa *jaataka'* (Figura 5 y 14) una vez sus dueños se afianzan en el terreno y consolidan sus lazos. La nueva vivienda se



Figura 14. Construcción de la casa *jaataka'*. Ette Butteriya 2010 (fotografía: J. C. Niño Vargas).

levanta sobre la antigua, justo encima de ella, envolviéndola y cubriéndola. Los materiales de la primera se transfieren a la segunda y los faltantes se adquieren en los alrededores. A primera vista, la operación parece una sustitución, pero resulta más adecuado entenderla como un proceso de crecimiento. La transición consiste en la evolución de una edificación embrionaria, organizada alrededor de un único espinazo, en otra más madura, detentora de extremidades definidas y albergue de un alma representada por el maíz del desván.

El proceso de maduración de la casa *jaataka'* continúa junto con el de sus habitantes. La conclusión de una vivienda suele estar seguida del levantamiento de edificaciones cercanas o adyacentes a sus muros. Una ramada *jiiwaya'* se erige para las labores culinarias

y, luego, otra más para el descanso diurno (Figura 7). Si las fuerzas se mantienen, surgen nuevos proyectos, como la ampliación de la vivienda principal, la construcción de un cobertizo para los excedentes agrícolas y la instalación de nuevas ramadas para las visitas. El curso de estas actividades de construcción rara vez es uniforme y sostenido, pues está sujeto a las vicisitudes humanas. La concepción de niños, la llegada de un yerno o la mudanza de un padre viudo impulsan la aparición de nuevas habitaciones y la remodelación de las antiguas. Inversamente, el divorcio de la pareja, la partida de un joven o el fallecimiento de un anciano, desalientan las labores de construcción y mantenimiento.

La tendencia hacia el crecimiento se revierte con el paso del tiempo. La vitalidad de la casa se apaga a medida que la pareja envejece y sus hijos se independizan. La vivienda *jaataka'* sufre un proceso degenerativo, manifiesto en un deterioro material, una simplificación estructural y, consecuentemente, un empobrecimiento simbólico. Las ramadas *jiiwaya'* se descuidan, desmantelan y desploman. Una situación de extrema precariedad lleva a reemplazar todas las edificaciones por un simple cobertizo *jukkada'*, muy fácil de mantener en caso de vejez, divorcio, viudez u orfandad.

La última etapa es abrupta. La edificación se derrumba material, social y simbólicamente de un solo golpe cuando uno de sus dueños fallece. Como ya se ha dicho, la muerte de un jefe de hogar les demanda a los familiares enterrar su cuerpo dentro de la habitación y, acto seguido, buscar refugio entre sus allegados. La vivienda queda a merced de los elementos, es objeto de tabúes y termina por desplomarse. La estrecha relación entre la desintegración de las casas y sus constructores queda evidenciada por la existencia de una sola palabra para designar ambos eventos: *gijna'a*, 'morir'.

Conclusión

Las detalladas descripciones de los aspectos materiales de las casas que inauguraron los estudios sobre arquitectura indígena han sido progresivamente sustituidas por acercamientos comprensivos, centrados en la articulación de sus dimensiones física, social y simbólica (Hugh-Jones y Carsten 1995; Ingold 2011; Nabokov y Easton 1989). La admiración que hoy despierta el aurea sagrada, el complejo simbolismo y el uso ritual de los templos y las casas de muchas poblaciones amerindias es, en gran parte, resultado de estas nuevas aproximaciones. A manera de ejemplo, puede citarse la rica y voluminosa literatura consagrada a las grandes casas comunales de las sociedades del noreste amazónico (Cayón 2013, 223-262; Hugh-Jones 1977; Karadimas 2005, 368-399) o los templos y viviendas de los pueblos chibchas del área istmocolombiana (González Chaves y González Vásquez 1994; Osborn 1995; Reichel-Dolmatoff 1975).

Una imagen muy diferente surge de las expresiones arquitectónicas de poblaciones más austeras y trayectorias históricas marcadas por el contacto. El caso de las viviendas ete es ilustrativo, pues, precisamente, le atañe a una sociedad que ha sobrevivido a los procesos de colonización convirtiendo la simpleza en virtud. Los primeros trabajos que

les fueron dedicados a sus casas, las redujeron a su pura materialidad, mientras los más tardíos las desatendieron por creerlas resultado de la influencia externa y la situación de pobreza. La realidad descrita en el presente escrito revela los sesgos de estos acercamientos y saca a la luz la riqueza de la arquitectura ette.

La documentación histórica permitió reconstruir los cambios sucedidos en las llanuras y cuestionar la pasividad de los indígenas frente a la invasión de su territorio. Lejos de sufrir un proceso de degradación irreversible, sus patrones residenciales y arquitectónicos se adaptaron a las condiciones impuestas según una lógica interna, a veces reduciéndose a su mínima expresión, a veces amalgamando elementos propios y ajenos. La residencia dispersa, que otrora permitió el control de las llanuras, se acomodó al estrecho espacio de los resguardos. La gran selva y sus recursos fueron reducidos a potreros, pero el valor dado a los materiales de construcción selváticos se mantuvo. Si bien las grandes casas redondas desaparecieron y el aspecto de las pequeñas cambió, muchos de sus elementos distintivos sobrevivieron. Como sus antepasados, los ette prefieren las edificaciones de plantas alargadas, cubiertas completas, techos de cuatro vértices e interiores oscuros y herméticos.

Los vacíos de la documentación sobre las casas ette imposibilitan inferir continuidades más allá del plano material y técnico. Sin embargo, la originalidad de su actual arquitectura simbólica es evidencia suficiente para suponer que se trata de un saber de vieja data. En el marco de una cosmología antropocéntrica y antropomorfa, los ette sitúan sus casas en el corazón del universo y las consideran índices de humanidad. El mundo humano se piensa como una gran casa levantada por los dioses, alrededor de la cual se organizan mundos celestes y telúricos. Las viviendas humanas, análogamente, se levantan en el centro del mundo habitado, sirven de referencia para el manejo del entorno, y se hallan rodeadas de sectores envolventes y envueltos que evocan regiones cósmicas. La división interior de las habitaciones recrea en miniatura un universo, en el que los humanos residen en el centro y están encajonados entre sectores de coloración divina y bestial.

La relación que une a la humanidad y a las casas se manifiesta de manera más concreta al pasar a otro nivel de análisis. Los humanos y las viviendas comparten una cierta consubstancialidad vegetal, tal y como lo explican los mitos sobre la antropogénesis, lo prescriben los saberes arquitectónicos y lo denota el vocabulario relativo a la anatomía y la arquitectura. Adicionalmente, las edificaciones son objeto de exégesis que les confieren cuerpos humanoides, las asocian al sexo femenino y proponen una lectura anatómica de su armazón. El círculo se cierra con la atribución a las viviendas de un ciclo vital que comprende estados embrionarios, maduros y terminales, similares a los que atraviesan los humanos. Los ette, así, articulan las nociones de casa y persona, armazón arquitectónico y estructura anatómica, existencia material y ciclo vital.

La riqueza de la arquitectura ette puede pasar desapercibida por su sobriedad y economía. Al compararla con las documentadas en otras sociedades indígenas, se sitúa

en medio de un espectro que va de la opulencia a la exigüidad. Los ette, ciertamente, se abstienen de convertir a sus casas en templos, prefieren las viviendas sencillas a las sofisticadas y no llevan muy lejos sus reflexiones sobre las relaciones entre elementos arquitectónicos, componentes del cosmos y partes del cuerpo, tendencias que contrastan con las documentadas en la Sierra Nevada de Santa Marta y el noroeste amazónico (Cayón 2013, 225-262; Guyot 1974, 160-166; Karadimas 2005, 369-393; Reichel-Dolmatoff 1975, 209-215). Sin embargo, nada de esto impide que sus casas cumplan funciones más amplias que las estrictamente productivas y sociales y lleven a cuestras una simbología que supera el establecimiento de analogías superficiales con otros órdenes y entidades, lo que contrasta con lo observado entre sus vecinos campesinos y otros pueblos indígenas (véase, por ejemplo, Descola 1986, 148-151; Surrallés 2003, 83-89). Las viviendas ette ocupan un lugar central en el universo y participan de la humanidad de sus ocupantes, desempeñando un importante rol en la recreación y continuidad de su mundo.

Epílogo

La imagen de la casa ette que acabo de presentar se funda en observaciones realizadas en territorio indígena a lo largo de los últimos veinte años. El tiempo compartido con los ette me permitió familiarizarme con su arquitectura, visitar más de doscientas de sus viviendas e, incluso, levantar con su ayuda una habitación tradicional en la que viví por casi dos años. Ahora bien, esta realidad viene transformándose vertiginosamente desde hace una década. La reciente influencia de instituciones gubernamentales sobre los ette se ha traducido en la implementación de proyectos de desarrollo que incluyen la construcción de formas habitacionales ajenas. Las casas tradicionales hoy se disputan los resguardos con un creciente número de 'viviendas de interés social', en su mayoría diminutas casetas de ladrillo y cemento, con puertas de hierro y ventanas de vidrio, en cuyo diseño y construcción no han intervenido los indígenas. Si bien la actitud de los ette frente a esta nueva realidad dista de ser pasiva y, antes bien, fluctúa entre la aceptación parcial y el rechazo total, es imposible dejar de preguntarse por el impacto a largo plazo que estos procesos tendrán sobre la arquitectura nativa, las formas de habitar el mundo e, incluso, las nociones de humanidad y persona.

Referencias bibliográficas

- Blier, Suzanne.
1987 *The anatomy of architecture*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bolinder, Gustav
1916 *Det tropiska snöfjällets indianer. Från en tvåårig forskningsresa till Sierra Tairona och Sierra Motilon, Sydamerika*. Stockholm: Albert Bonniers.
1918 *Ijca-indianernas kultur*. Alingsås: Alingsås tryckeri aktiebolag.
1921 *Indianer och tre vita*. Stockholm: Albert Bonniers.
1924 “Die letzten Chimila-Indianer”. *YMER* 44, no. 2: 200-228.
- Bourdieu, Pierre
1980 *Le sens pratique*. Paris: Minuit.
- Beckerman, Stephen y Roberto Lizarralde
2013 *The ecology of the Bari. Rainforest horticulturalists of South America*. Austin: University of Texas Press.
- Brettes, Joseph
1988 “Chez les Indiens du nord de la Colombie”. *Le Tour du monde* 2: 61-96, 434-480. https://fr.wikisource.org/wiki/Livre:Le_Tour_du_monde,_nouvelle_s%C3%A9rie_-_04.djvu (10.01.2024)
- Caiuby Novas, Sylvia, ed.
1983 *Habitações indígenas*. São Paulo: Universidade de São Paulo.
- Cardale-Schrimppff, Marianne
1972 “Techniques of hand-weaving and allied arts in Colombia”. 2 vols. Tesis de doctorado, University of Oxford.
- Carsten, Janet
2004 *After kinship*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cayón, Luis
2013 *Pienso, luego creo. La teoría makuna del mundo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Chaves, Milciades
1946 “Contribución a la antropología física de los chimila”. *Boletín de Arqueología* 2, no. 2: 157-177. <https://www.icanh.gov.co/index.php?idcategoria=8057> (10.01.2024)
- De-Mier, José, ed.
1987 *Poblamientos en la Provincia de Santa Marta*, 3 vols. Bogotá: Colegio Máximo de las Academias de Colombia.
- Descola, Philippe
1986 *La nature domestique*. Paris: Maison des Sciences de l’Homme.
- Dreyfus, Simone, ed.
1972 “Études sur le territoire et l’habitat dans l’Ouest Amazonien”. *Journal de la Société de Américanistes* 61: 7-253. https://www.persee.fr/issue/jsa_0037-9174_1972_num_61_1 (10.01.2023)
- González Cháves, Alfredo y Fernando González Vásquez
1994 *La casa cósmica talamancaña y sus simbolismos*. San José: Universidad de Costa Rica.

- Guyot, Mireille
1974 “La maison des indiens Bora et Miraña”. *Journal de la Société des Américanistes* 61: 141-176. <https://doi.org/10.3406/jsa.1972.2116>
- Halbmayer, Ernst
2020 “Introduction: Toward an anthropological understanding of the area between the Andes, Mesoamerica and Amazonia”. En *Amerindian Socio-Cosmologies between the Andes, Amazonia and Mesoamerica. Toward an anthropological understanding of the Isthmo-Colombian Area*, editado por Ernst Halbmayer, 3-33. London: Routledge.
- Henderson, Hope y Nicholas Ostler
2005 “Muisca settlement organization and chiefly authority at Suta, valle de Leyva, Colombia: A critical appraisal of native concepts of house for studies of complex societies”. *Journal of Anthropological Archaeology* 24: 148-178. <https://doi.org/10.1016/j.jaa.2005.01.002>
- Herrera Ángel, Marta Clemencia
2002 *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia/Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Hugh-Jones, Christine
1977 *From the milk river. Spatial and temporal processes in northwest Amazonia*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hugh-Jones, Stephen
1995 “Inside-out and back-to-front. The androgynous house in northwest Amazonia”. En *About the house. Lévi-Strauss and beyond*, editado por Stephen Hugh-Jones y Janet Carsten, 226-252. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hugh-Jones, Stephen y Janet Carsten, eds.
1995 *About the house. Lévi-Strauss and beyond*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ingold, Tim
2000 *The perception of environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. New York: Routledge.
2011 *Being alive. Essays on movement, knowledge and description*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Karadimas, Dimitri
2005 *La raison du corps. Idéologie du corps et représentations de l'environnement chez les Miraña d'Amazonie colombienne*. Paris: Peeters.
- Lévi-Strauss, Claude
1975 *La voie des masques*. Paris: Plon.
- Martínez Mauri, Mònica y Ernst Halbmayer
2020 “Ofrendas, intercambios y otros modos de relación en las socio-cosmologías indígenas contemporáneas del área istmocolombiana”. *Tabula Rasa* 36: 19-44. <https://doi.org/10.25058/20112742.n36.01>
- Mosquera, Gilma y Ángela María Franco
2022 “Arquitectura y urbanismo. Manifestaciones espaciales del patrimonio cultural colombiano”. En *Vivienda y cultura. Modos de habitar y construir la vivienda en el espacio urbano y rural de Colombia*, editado por Gilma Mosquera y Ángela María Franco, 19-23. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Universidad del Valle. <https://doi.org/10.22380/9786287566576>

- Nabokov, Peter y Robert Easton
 1989 *Native American architecture*. Oxford: Oxford University Press.
- Niño Vargas, Juan Camilo
 2007 *Ooyoriyasa. Cosmología e interpretación onírica entre los ette del norte de Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.
 2014 “El tejido del cosmos. Tiempo, espacio y arte de la hamaca entre los ette del norte de Colombia”. *Journal de la Société des Américanistes* 100, no. 1: 101-130. <https://doi.org/10.4000/jsa.13726>
 2016 “La anatomía de la casa. Arquitectura simbólica y ciclo vital de las viviendas de los ette del norte de Colombia”. *De-Arqu* 19: 62-73.
 2018a “Cosmos ette. Ethnographie d’un univers du nord de la Colombie”. Tesis de doctorado, École des Hautes Études en Sciences Sociales.
 2018b *Diccionario de la lengua ette*. Bogotá: Universidad de los Andes/Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
 2017 *Indios y viajeros. Los viajes de Joseph de Brettes y Georges Sogler por el norte de Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes/Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
 2020 “An Amerindian humanism. Order and transformation in Chibchan universes”. En *Amerindian socio-cosmologies between the Andes, Amazonia and Mesoamerica. Toward an anthropological understanding of the Isthmo-Colombian Area*, editado por Ernst Halbmayer, 37-60. London: Routledge.
 2022a “La casa como persona. Vida y anatomía de las viviendas ette (norte de Colombia)”. En *Vivienda y cultura. Modos de habitar y construir la vivienda en el espacio urbano y rural de Colombia*, editado por Gilma Mosquera y Ángela María Franco, 100-127. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología/Universidad del Valle.
 2022b “La estirpe agricultora. Etnología comparada de los pueblos chibchas”. *Boletín de Historia y Antigüedades* 874: 275-319. <https://academiahistoria.org.co/bha-874-2/> (01.02.2024)
 en prensa “El mundo cultivado. Humanidad, vegetabilidad y agricultura entre los chibchas”. En *Universos chibchas. Nuevas aproximaciones a la unidad y diversidad humana del área istmocolombiana*, editado por Juan Camilo Niño Vargas y Stephen Beckerman. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Niño Vargas, Juan Camilo y Stephen Beckerman
 En prensa “Universo chibcha, universos chibchas. Introducción a la unidad y diversidad del área istmocolombiana”. En *Universos chibchas. Nuevas aproximaciones a la unidad y diversidad humana del área istmocolombiana*, editado por Juan Camilo Niño Vargas y Stephen Beckerman. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Osborn, Ann
 1995 *Las cuatro estaciones. Mitología y estructura social entre los u’wa*. Bogotá: Banco de la República.
- Osorio Gallego, Héctor
 1979 “Chimila”. *Artículos en lingüística y campos afines* 6, 20-48.
- Pache, Matthias
 2016 “The gramaticalization of plant-part terms in Chibchan languages”. *International Journal of Linguistics* 82, no. 4: 425-452. <https://doi.org/10.1086/688391>
- Pueblo ette ennaka
 2000 *Plan de vida ette ennaka*. Santa Marta: Comisión Regional de Asuntos Indígenas.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

1946 "Etnografía chimila". *Boletín de Arqueología* 2, no. 2: 95-155. <https://publicaciones.icanh.gov.co/index.php/picanh/catalog/book/241> (01.02.2024)

1951 *Datos histórico-culturales sobre las tribus de la antigua gobernación de Santa Marta*. Bogotá: Banco de la República.

1975 "Templos kogi. Introducción al simbolismo y a la astronomía del espacio sagrado". *Revista Colombiana de Antropología* 19: 199-245. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1670>

Surrallés, Alexander

2003 *Au cœur du sens. Perception, affectivité, action chez les Candoshi*. Paris: Maison des Sciences de l'Homme.

Uribe Tobón, Carlos Alberto

1992 "La etnografía de la Sierra Nevada de Santa Marta y las tierras bajas adyacentes". En *Geografía humana de Colombia*, tomo 2, editado por Carlos Alberto Uribe Tobón, 9-214. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

Waterson, Roxana

2014 *The living house. An anthropology of architecture in South-East Asia*. North Claredon: Tuttle.